

Los hijos nacidos de la Tierra

Terrea fillus llamaban los romanos a aquellos niños sin padre conocido. Una evocación antigua que daba a la Tierra condición de paridora. Los rumanos en una recreación más vegetal, los llamaban “hijos de las flores”. En este juego de relaciones y alegorías nos encontramos que hasta hace bien poco, se decía en los pueblos, que los niños los traían las cigüeñas. En otras culturas los mediadores del parto son peces, ranas o cisnes. Si observamos estas poéticas de la alusión, podemos distinguir una reminiscencia común; el infante es un hijo del mundo natural, que regresa al hogar desde un mundo preternatural. Si la tierra es la vagina de la que se parte o se pare, la tierra es a su vez la barca o nicho donde regresa ya cadáver. Partos y funerales comparten el mismo misterio y gestos de sentido inverso pero semejantes; en ambos casos hay llanto, se procede a la ablución o limpieza del cuerpo, en ambos hay evocación del tránsito, conmoción y recuerdo de una cosmogonía. Con el parto se le da al niño un nombre que lo “ate” a un arquetipo de su cultura, y con su muerte el nombre es “desatado” y recogido para otro viajero o pariente. La expresión universal “enterrado en la tierra natal” resume esta conjunción.

En relación con esta función de la Tierra como madre preternatural, recordemos las numerosas leyendas donde lugares como cuevas, piedras, grietas o arroyos se consideraban propiciatorios de la fertilidad. La historia de un niño traído por un río, como es el caso de Moisés, es frecuente en numerosas culturas. Un niño que aparece en el mundo desde las oquedades o fluidos de la Tierra es un niño llamado para una función heroica o mítica, precisamente por acentuarse su condición preternatural.

Para las culturas más primordiales, para el mundo llamado indígena y para aquellos con memoria fundacional, la Tierra es un estado de su conciencia, no es solo naturaleza biológica o geográfica, es un pasaje en un viaje vertical entre posibilidades de mundos. El infante, “el que no habla” según la etimología de *infantis*, desembarca en el hogar y es nombrado o reconocido por el chamán o por sus padres. Es además elevado del suelo, suspendido en un gesto universal entre el cielo y la tierra. Esta costumbre de elevar al vástago nacido en los brazos del padre, era propio entre los romanos y ha quedado como reminiscencia de aceptación y alegría. La madre de rodillas —el parto más natural— expulsaba al bebé en la tierra —la madre primordial— y el padre en un gesto de aceptación lo elevaba con sus brazos y pronunciaba su nombre, que sería la primera palabra para ese niño. A partir de aquí, vivir es estar suspendido en el aire, hasta que las palabras se las lleve el último aliento y el hombre regrese a su auténtica madre: la Tierra.

Por qué recordamos estas costumbres? Porque pensamos que nos dan una pista elocuente sobre la relación que existía entre el hombre y la naturaleza. Porque cuando a nuestros hijos actuales les enseñamos sobre el medio natural, en un esfuerzo para hacerles comprender que ellos mismos son naturaleza, nuestro mayores y sus tradiciones iban más allá. Gracias a esta extensión de su realidad, su relación con la existencia era más compleja y envolvente, más interiorizada y coherente. La naturaleza como concepción anterior al parto y posterior al fallecimiento era parte de su percepción intelectual. Vida extendida y muerte transitiva, dos conceptos cada vez más extraños

para nuestra cultura moderna y por supuesto ajenos a nuestros procedimientos cognitivos o científicos. Pero no olvidemos que sin esta extensión naturalis no seríamos cultural y antropológicamente lo que somos; apenas habría sustrato para alimentar nuestro pensamiento simbólico, no habría cuentos numinosos para narrar a nuestros hijos, los poemas y las canciones se harían ordinarios —como ya sucede en nuestro folclore contemporáneo—, no existiría una taxonomía de bestias imaginales y criaturas inmateriales.

Esta naturaleza como plus ultra no es, y es preciso señalarlo, solo una posibilidad lineal o secuencial. Para el hombre nacido de la tierra, ese más allá del más allá, es puro presente, actualidad integradora y centralizadora. Todo refleja una realidad original y sagrada y esto incluía las relaciones sociales y políticas, por eso el líder del pueblo indígena Aymara, el Sr. Paredes, en una entrevista afirmaba; “nosotros no somos de derechas, ni de izquierdas, ¡somos cósmicos!”.

*"El agua cristalina,
que brilla en arroyos y ríos,
no es solo agua,
sino la sangre de nuestros antepasados...
lo que acaece a la Tierra
les acaece también a los hijos de la Tierra."*

[Gran Jefe Seattle](#)

La Tierra es pues memoria viva y madre primordial “¡Tierra! Prepara para mí la miel de la palabra” recitaban los bardos védicos en el Prthivisukta. Esta palabra sánscrita, prthivi, que denota a la tierra significa “la ancha, la extensa”. Para el hindú también la tierra es una hierofanía, una manifestación del mundo sutil.

Estas concepciones nos son en gran medida ajenas. Desde luego no pretendemos incorporarlas, como un traje prestado, para impartir una nueva pedagogía a nuestros escolares. Pero pueden sernos útiles como espejo para explorar qué puede haber atesorado y cautivo en nuestra dispersa cultura que nos permita contemplar la naturaleza más allá del dato empírico. De la visión finita y fugaz que domina nuestra educación. Habría que revisar esa idea estereotipada, de que la herencia de nuestros antepasados está desfasada y es inferior, y que el mundo avanza en sabiduría y progreso. Quién sabe si un día descubriremos que tal vez los niños sí venían traídos por las cigüeñas, o por lo menos que en esta imagen popular se esconde un mensaje que descifrar.

La Tierra Madre o Tellus Mater en las tradiciones mediterráneas traía a sus hijos al mundo con el recuerdo de su excelencia y de su origen sagrado. Por eso cada niño nacido de la Tierra, va a recrear el mundo en su propia vida y va ser en su microcosmos un reflejo de la gran Madre. [H. D. Thoureau](#) expresaría esta condición del hombre con esta frase: “*Todo niño empieza el mundo de nuevo*” y por eso cada vida es única y un niño está más cerca de las fuentes de donde brotan los misterios del origen. Esas fuentes que manan, en la hermosa imagen de los indios navajos, de la “*mujer yacente*”, *naestsán*: la Tierra.